



Queridas hermanas:

Hoy, 29 de septiembre, fiesta de los arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael, en la comunidad de Taipéi (Taiwán) a las 8:00 a.m. (hora local) se durmió dulcemente en el Señor, nuestra hermana

MURAYAMA SUMIE HNA. MARÍA LAURETANA
nacida en Shizuoka (Japón) el 1º de enero de 1934

De nacionalidad japonesa, fue una maravillosa misionera paulina, un referente y una presencia inestimable para la delegación de Taiwán, donde vivió durante sesenta años de su vida.

Entró en la congregación en la casa de Tokio (Japón) el 9 de enero de 1956. En esa casa cursó el período de formación y el año de noviciado, que concluyó con la primera profesión, el 30 de junio de 1960. Enseguida se dedicó a la difusión y al servicio de la librería, en la comunidad de Osaka (Japón). El 1 de junio de 1966, un año después de su profesión perpetua, escribía a la superiora general, la hermana Ignazia Balla: «Mañana partiremos hacia Taiwán. Siempre intentaré esforzarme al máximo para ser una verdadera Hija de San Pablo». Unas pocas y sencillas palabras que expresan toda su grandeza y su identidad más auténtica: ¡hija del apóstol Pablo! Una vocación que vivió en el silencio activo, en una intensa actividad misionera, a través de un compromiso sincero por anunciar a Cristo al pueblo chino, sediento de verdad y de amor.

La hermana Lauretana era una persona realmente especial, una santa paulina, en el verdadero sentido de la palabra. Una hermana con gran madurez que a menudo ocupó cargos de responsabilidad: en 1971 ya era consejera de lo que entonces se denominaba la *delegación china*, y posteriormente superiora de las comunidades de Kaohsiung y Taipéi, ecónoma de la comunidad y vice-superiora. Pero, sobre todo, la hermana Lauretana fue una excelente librerista, deseosa de emplear bien su tiempo en la lectura y el conocimiento de los libros. Incluso durante la comida, en la trastienda de la librería, sostenía con una mano los tradicionales palillos chinos y con la otra el libro que estaba leyendo. Era precisa, puntual y meticulosa en los pagos a las distintas editoriales, y la gente la buscaba por su delicadeza y discreción. Siempre sonriente y dispuesta a levantar incluso los pesados paquetes de libros, siempre positiva, de sus labios nunca salían quejas. En broma, sus hermanas le pedían que tradujera al chino la palabra «mala» ... y ella respondía que no formaba parte de su vocabulario y que nunca la había utilizado en su vida.

Su complexión menuda, su sencillez y la amable sonrisa que iluminaba su rostro atraían a las personas, que admiraban su fidelidad y su espíritu de abnegación. La oración era su fuerza: preparaba con esmero los momentos de encuentro con el Maestro divino y le llevaba las intenciones que la gente le confiaba. Amaba mucho a los sacerdotes y ofrecía por ellos los sacrificios de la vida cotidiana. Vivía con un fuerte espíritu de pertenencia y, para interiorizar las constituciones, las había transcrito íntegramente a mano.

Y luego llegó el momento de la enfermedad, cuando el *Alzheimer* la obligó a retirarse progresivamente de la actividad, cuidada con mucho amor por la queridísima hermana Aurora Hirai, su inseparable cuidadora. En los últimos años, la hermana Lauretana vivió plenamente lo que el Papa León ha subrayado precisamente en estos días: «La fragilidad no es un obstáculo, sino el lugar por excelencia del amor de Dios». En su fragilidad se hizo presente este amor, manifestado también en los constantes cuidados y en el gran afecto que las hermanas le prodigaron. Hoy la congregación ha perdido a un ángel, pero sin duda ha ganado ante Dios a una gran y eficaz mediadora que seguirá intercediendo por el don de nuevas y santas vocaciones.

Con afecto.

Roma, 29 de septiembre de 2026


Hna. Anna Maria Parenzan